- Quiero ir a casa. – Las lágrimas de tus ojos te impidieron ver cómo el chico se marchaba. Entraste en casa con la esperanza de haber vivido una pesadilla, un producto de tu imaginación anhelante de aventuras. Te metiste en la cama en silencio, sin despertar a tus padres que descansaban en la habitación de al lado. A la mañana siguiente, al despertar, realmente creíste que lo ocurrido la noche anterior no había resultado ser real. Con una sonrisa de alivio te dirigiste al cuarto de baño. En el espejo, pudiste comprobar que en tu pálido cuello había dos pequeñas heridas de las que brotaban sendos hilillos de sangre. Y tus ojos… tus ojos se habían vuelto dorados como los del chico que pensaste haber soñado.